

pues, podrá traernos un sistema que tan fácilmente se alarma por cualquiera estension de las facultades de la corona, y que siempre es de parecer de limitarlas y cercenarlas?

Otro de los principios dominantes del progreso, es el reducirlo todo al individuo; es esa aversion, ese horror á todo lo que es clase; ese temor de que adquiera preponderancia aquella que está encargada de la educacion religiosa y moral de los pueblos. Estas tendencias ¿á dónde se encaminan? ¿es acaso á satisfacer alguna de las grandes necesidades de la sociedad? ¿á qué ese prurito de igualarlo todo, de nivelarlo todo? Cuando es mas claro que la luz del dia que si algun grave peligro amenaza á las sociedades modernas, no es por la prepotencia de las gerarquías, sino porque á fuerza de individualizarlo todo, la sociedad ha quedado como pulverizada.

### CAPITULO XIII.

Se ha formado entre nosotros un partido que cuenta entre sus miembros una parte muy selecta de la nacion; que apellidándose con distintos nombres y presentándose con formas mas ó menos constantes, ha ejercido mucha influencia en los negocios de nuestra patria; y que al parecer alimenta una conviccion profunda de que solo él es capaz de sacar la España á puerto seguro, y de labrar su prosperidad y grandeza. Pronunciando sin cesar las palabras *moderacion, oportunidad, tino y lentitud en las reformas, sin descuidar el adelantamiento de la libertad*, se halla persuadido de que posee la feliz combinacion de las dotes que se necesitan para gobernar bien en la presente época: como son, vasto saber, buena voluntad y un gran fondo de prevision y cordura.

No trato de rebajar en nada el mérito de estos hombres; pero sería permitido preguntales, ¿cómo es que hayan presentado el extraño fenómeno de parecer fuertes mientras estaban por subir al poder, mientras combatian á sus adversarios, mostrándose luego vacilantes, flacos, incapaces de dominar las circunstancias así que han empuñado las riendas del mando? ¿cómo es esto posible? ¿no se han

aprovechado de las amargas lecciones que ha recibido la Europa por espacio de medio siglo? ¿cuál, pues, podrá ser la causa? ¿será la guerra? ¿serán circunstancias pasageras, pero inevitables? No negaré que haya sido mucha la influencia de estas causas para producir semejante efecto; pero la mas radical, la mas profunda, la mas eficaz, es otra muy diferente: es que los moderados han estado por lo comun en una posicion muy falsa, no se han levantado á bastante altura para comprender la verdadera situacion de España; y así es que sus palabras no han tenido un eco universal en la nacion española, y sus sistemas han encontrado, cuando no abierta resistencia, al menos una inercia invencible.

En esta última época, no han faltado hombres de ese partido que han levantado muy alto la voz para señalar la senda del bien, y que aunque pertenezcan á las ideas de moderacion, han mostrado, no obstante que habian meditado sériamente sobre la nacion española, arrojándose con noble resolucion á señalar los yerros que habian cometido sus propios amigos. Así es que observando atentamente el curso de las ideas, se nota que va formándose un nuevo partido moderado; y que si bien su nombre es el mismo, su bandera es diferente de la que habian enarbolado algunos de los moderados antiguos. Aun hay mas: y es tambien muy de notar que se van aproximando los viejos moderados á los nuevos, hecho que es muy fácil percibir en el lenguaje que han empleado de algun tiempo á esta parte.

Y á la verdad ¿cómo era posible que hombres de tan claro entendimiento, pudieran desconocer que mientras su sistema llevara el sello, aunque retocado, de una escuela muy aborrecida en España, no era posible que encontrase en la generalidad de la nacion ni apoyo ni simpatías? Los excesos de la revolucion francesa, dieron origen á una nueva escuela, que si bien recibia muchas de sus inspiraciones de la del siglo XVIII, habia tomado por divisa: *escarmiento, desengaño*. Para esta escuela, los principios de la del siglo XVIII eran excelentes, sus miras muy altas y generosas; solo que tuvo la desgracia de ser demasiado amiga de teorías, de cuidar poco del exámen de los hechos, y sobre todo, los hombres encargados de realizarla, fueron hombres de mucho estudio, pero de ninguna práctica; y así es que si brillaron en el gabinete como sábios, cometieron gravísimos yerros cuando se vieron convertidos en hombres de gobierno. Como esta escuela ha estado muy en boga en Francia, puesto que algunos de los hombres mas célebres de esta nacion, ó la han fundado, ó han tomado en ella sus lecciones; como las vicisitudes de nuestra patria han arrojado frecuentemente á



países estraños á los hombres que figuraron desde un principio en el partido liberal; como nuestras revoluciones y restauraciones han tenido alguna semejanza con las de Francia, no es estraño que á muchos de nuestros hombres los hayan deslumbrado aquellas doctrinas; mayormente cuando la instruccion de algunos de ellos fué bajo las inspiraciones de la filosofía del siglo XVIII, y no eran tampoco para desconocidos y olvidados, los desengaños y escarmientos que en tanta abundancia habian podido recogerse en la península.

En Francia puede ser mas ó menos peligrosa esta doctrina, podrá dar mas ó menos resultados, bien que al fin por necesidad se irá debilitando, á causa del gérmen de muerte que entraña en su seno; pero en España es inaplicable, encuentra siempre resistencia; y si hubiera empeño en seguirla, no haria mas que prolongar nuestra inquietud y desdichas. En ciertas épocas hemos visto que el sistema moderado podia formularse en estos términos: esto es bueno pero no oportuno; y la generalidad de la nacion que pensaba que ni era oportuno ni era bueno, oía con recelo semejantes palabras, y miraba á los moderados con aversion, ó cuando menos con suspiros de desconfianza.

Si estos hombres quieren dominar el porvenir de la nacion, si quieren que se les encomiende el curar los males de nuestra patria y labrar su prosperidad y ventura, es menester que se despojen completamente de las preocupaciones que les inspiraron sus primeros maestros; preocupaciones que los ciegan todavía, aun cuando les parece que han abandonado enteramente la enseñanza recibida en la escuela del siglo XVIII. Es menester que no muestren tanto apego á sus primeros recuerdos, tanto interés por ciertos principios, tanta esquivéz hácia lo que á estos principios se opondrá; y que examinen con cuidado su corazón, para ver si quizá algunas veces obedecerá á la influencia de antiguos rencores, fomentados y agraviados mas y mas por las privaciones y padecimientos que les han acarreado las vicisitudes políticas.

No bastan ya, no, esos sistemas indecisos y flacos, que no parece sino que tratan de transigir con las pasiones de todos los bandos, y que al fin no consiguen otra cosa que ser odiados de todos, viéndose en la necesidad de succumbir al primer choque: tantas y tan costosas esperiencias no pueden ya haber desengañado? Los excesos de la revolucion le han enagenado muchas voluntades, y han ido separando de la lista de sus fautores á todos los hombres mas notables por sus talentos, por su saber y demás calidades; díjase de una vez con franqueza, con entera cordialidad, á la nacion española; abandónese ese lenguaje irritante, que sea cual fuere el comedi-

miento con que venia involucrado, al fin podia traducirse: *respeto tu religion, porque conozco que eres un fanático; no te doy mas grados de libertad, porque eres brutal y abusarias de ella*; méstrese mas respeto á las creencias de ese pueblo, religioso, sí, católico, sí; pero noble, pero grande, pero generoso; haya seguridad de que no se erigirá en derecho la injusticia, que en lugar de la libertad no se pondrá la licencia, que con mil vanos pretextos no se falsearán las instituciones; llámese bien al bien, y mal al mal; y esto sin paliativos ni rodeos, y á buen seguro que no es ingrata la nacion española; para no reconocer los beneficios, no es tan poco entendida que no alcance á distinguir el verdadero mérito, ni tan falta de hidalguía, que no quiera tributarle la consideracion merecida (1).

CAPÍTULO XIV.

No hay otro medio: los hombres que han de gobernar la nacion, es menester que respeten altamente los principios que ella respeta; de otra manera, no hay que esperar remedio á nuestros males. Cuando una nacion ha estado por largo tiempo exclusivamente sujeta á la influencia de algun principio, llévale siempre grabado en el corazón, y espesado en su fisonomía; así como un individuo apenas puede despojarse en toda su vida, de las ideas, costumbres y modales que se le han comunicado en la infancia. El principio monárquico, y aun mas el católico, han tenido por largo tiempo bajo su influencia á la nacion española; y he aquí la razon de la gran fuerza que tienen en España estos dos principios; he aquí por qué han sobrevivido á tantos trastornos, por qué han resistido á tantos elementos disolventes como los han atacado; he aquí, por fin, la causa de que despues de siete años de la mas desecha borrasca, cuando parece que ambos debieran haber naufragado y descendido al fondo del abismo, vuelven á presentarse todavía sobre la superficie del piélago, la monarquía y la religion católica, ofreciendo una tabla de salvacion, y consolando el alma con lisonjeras esperanzas. Ob-

(1) Siete años han trascurrido desde que se escribió este capítulo: el partido moderado se ha visto en la desgracia y en la prosperidad; el público sabe lo que arrojan los hechos; júzguese por ellos.



servad si no el curso de las ideas, escuchad esa voz que se levanta por los cuatro ángulos de la península, para que se robustezca sin demora el poder, para que nada pierda el trono de su esplendor y magestad, para que se respete la religion católica, para que se asegure la subsistencia á sus ministros, y no se les disputen las consideraciones y la veneracion que por su alto ministerio les son debidas. ¿Qué significa todo eso, sino que vuelven á tomar su ascendiente aquellos mismos principios, que aun cuando parecieran casi ahogados por el torbellino de las pasiones y partidos, conservaban no obstante su vida en el fondo de los corazones, único asilo que les habia quedado? Estos dos principios son como los dos polos, en torno de los cuales debe girar la nacion española. Si se la saca de aquí, será sacarla de su quicio; yerro tanto menos perdonable cuando se reunen para prevenirle las lecciones de nuestra historia, y de bien reciente y dolorosa experiencia.

Admitida, como ha de serlo por los hombres de todas opiniones, la fuerza que en España tienen los dos principios, el monárquico y el religioso, conviene notar ademas, que el religioso escede mucho al monárquico en firmeza y energía. Esta diferencia, que podria ya explicarse atendiendo solo á los objetos sobre que versan esos principios, y á las relaciones que tienen con el corazon humano, fúndase con respecto á España en hechos propios y característicos. La religion católica ha sido desde Recaredo, la única religion de los españoles, y bajo su principal y casi esclusiva influencia, se han formado nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestras leyes; en una palabra, todo cuanto tenemos y todo cuanto somos. Así es que en España las únicas ideas religiosas, son las católicas, los únicos sentimientos religiosos, son los católicos, y que el principio católico es fuerte, enérgico, esclusivo, incapaz de ceder terreno á ninguno de sus adversarios. En España no hay como en otras naciones, aquel sentimiento medio religioso, medio filosófico y literario, que se alimenta de las vaguedades del protestantismo, y de las inspiraciones de la filosofia, y que no experimentando ni choques ni resistencia, y acercándose ya de suyo al frio indiferentismo, carece de suspicacia, como de calor y de fuerza. En España hay convicciones católicas muy vigorosas, sentimientos católicos muy profundos; y como ademas, la introduccion repentina de la filosofia de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe sin ningun preservativo, la religion católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.

Es menester no perder nunca de vista esas verdades, pues que ellas indican que por lo que toca á materias religiosas, no cabe en España transaccion, sino que es menester que el Catholicismo sea respetado y acatado en toda la estension de la palabra. No se verifica lo mismo con respecto á la forma de la monarquía; pues que si bien es verdad que el principio monárquico es muy robusto en España, y que aun tomado en el sentido absoluto no deja de tener, como es evidente, numerosos partidarios, sin embargo, no me parece que hay en esta parte tanta firmeza de ideas, tanto apego á determinadas formas, que la generalidad de los españoles no se acomode de buen grado á las instituciones políticas que han sido combatidas con tanta tenacidad. La preponderancia del principio religioso sobre el monárquico, no se estrañará si se observa que este no se ha presentado bajo la misma forma en todos los periodos de nuestra historia, ni en todas las provincias de enya agregacion se ha formado el reino. Las leyes de Castilla, de Navarra, de Aragon, de Valencia, de Cataluña; las colecciones de fueros, privilegios y libertades; la memoria de sucesos ruidosos, los restos bastante notables de antiguos usos, recuerdan todavia á los españoles que la monarquía no ha sido siempre entre nosotros tan absoluta é ilimitada como en tiempo de Carlos III. No negaré que la monarquía absoluta estuviera profundamente arraigada, y que los hábitos de la nacion se le hubiesen completamente acomodado: observaré, no obstante, que bastaron las escandalosas escenas del reinado de Carlos IV, para que el pueblo español escuchase sin alarmarse mucho, al principio de la guerra de la independencia, que era conveniente poner cortapisas á la autoridad del poder supremo, para que no abusase de su fuerza en contra de los verdaderos intereses de la nacion: y tengo para mí, que si los hombres del año 12 se hubieran convencido que la nacion española estaba fatigada de la tiranía de los privados, pero que no queria en cambio la tiranía filosófica, con todo el séquito de las teorías descabelladas de la escuela del siglo XVIII, y de la asamblea constituyente, no hubieran encontrado tan tenaz resistencia, ni hubiéramos visto nuestra desgraciada patria anegada en un piélago de sangre y de lágrimas.

Ahi está el origen de nuestros males: en ese muro de division que se ha levantado entre la religion y la política, en haberse hecho el nombre de novedad sinónimo de irreligion, el de reforma sinónimo de destruccion, el de libertad, de licencia; y este pueblo grande y generoso, que á pesar de ser motejado de bárbaro por miserables habladores que no son capaces de conocerle, conserva un fondo de nobleza que pocas naciones sabrian imitar, ha dicho ya mas de una



vez: "si quereis la libertad, si quereis nuevas instituciones políticas, enhorabuena, hágase lo que se juzgue conveniente; pero si me engañais, conozco mi fuerza y sabré emplearla." palabras terribles en boca de un pueblo como el español, que tiene tan vivo sentimiento de su fuerza, y que sabe echar mano de ella con tanto brio y energía, con tan heroica constancia. Yo no sé si se ha reparado en que este pueblo, á quien algunos han querido pintarnos tan indiferente, tan apático y tan abatido, es, sin embargo, el mas terriblemente tenaz é indócil cuando se le quiere manejar contra su voluntad, cuando se le quiere imponer la ley á la fuerza.

Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos reeursos, toda la habilidad y astucia del capitan del siglo, se estrellaron contra la firmeza y heroísmo de los españoles. Las grandes naciones de Europa, esas naciones tan brillantes y poderosas, habian doblado humildemente su cerviz, y la tenian humillada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerlitz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban impertérritos con los veteranos imperiales, que venian orlados con los trofeos de la Europa vencida; y cuando las grandes capitales de Europa y sus mas insuperables fortalezas se habian humillado ante los ejércitos franceses, contemplando sus triunfantes entradas con asombro y espanto, Zaragoza, Tarragona y Gerona, burlaban con su constancia y denueo todos los esfuerzos del valor, de la esperiencia y del arte. Nadie ignora cuáles eran las grandes ideas que pusieron á la sazón en movimiento al pueblo español: *religion, patria y rey*; he aquí las palabras que circulaban por todas las bocas, he aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oía en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brio y energía que les grangéó la admiración de la Europa entera.

Cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas, adquieren aquel temple de alma necesario para salir airosos de las mayores empresas. Como ideas semejantes se ligan con todo lo mas caro que tiene el corazón del hombre, y con cuanto lo inspira mas veneración y acatamiento; la acción que de ellas resulta es irresistible, duradera, tenaz, á la prueba del tiempo: y si ha llegado á enrudecerse con el combate; es menester, ó respetar las ideas del pueblo ó aniquilarle. Los choques vivos, la compresion lenta y poderosa, no conseguirán mas que aumentar la fuerza y elasticidad del resorte; éste gastará siempre el agente que le contrasta, y si una mano imprudente se le opone para detenerle del todo, esta mano será hecha pedazos.

CAPITULO XV.

En medio de la grande actividad y energía que distingue el carácter español, nótese con dolor que hay una inmensa masa de ciudadanos que se abstienen de tomar parte en los negocios públicos, limitándose á comunicar sus ideas y desahogar sus sentimientos en el seno de la amistad y de la confianza. Para convencerse de la verdad de este hecho, basta recordar lo que sucede casi siempre en toda clase de elecciones. No negaré que esta conducta haya acarreado gravísimos males; pero no me parece que deba buscarse la causa de tal comportamiento en algun defecto del carácter español; antes sí en las circunstancias particulares en que se ha encontrado nuestra patria.

Desde que sucumbieron las comunidades de Castilla en los campos de Villalar, escasa parte cupo por mucho tiempo á la nacion española en el manejo de sus negocios. Arrojadados de las cortes el clero y la nobleza, falseada, ó mejor diremos, aniquilada de mil modos la representacion de los procuradores, cercenadas, escatimadas ú olvidadas por el desuso las amplias libertades de los pueblos de la corona de Aragon, concentráronse todos los poderes en el consejo de los reyes, sin que por largo espacio cuidase la nacion de otra cosa que de obedecer. Vino el año 12, é introdujéronse las formas representativas; y como estas se amoldaron enteramente á la constitucion compuesta por la asamblea constituyente, fué todo tan nuevo para el pueblo español, que en su generalidad apenas tomó, ni tomar pudo, parte alguna. En treinta años de guerras, disturbios y revueltas, son ya muy repetidos y sobrado costosos los escarmientos sufridos por los hombres que se arrojaron á figurar en uno ú otro sentido; unas reacciones se han sucedido á otras reacciones; unas violencias á otras violencias; y tantas emigraciones, persecuciones y patíbulos, han debido dejar en los ánimos una impresion profunda.

No habiéndose visto en toda esa época ningun gobierno que contase con estabilidad y firmeza, pues que hasta en los intervalos de paz aun se mantenía la actitud de quien siente temblar la tierra bajo sus plantas, ha debido cundir entre cuantos tuviesen algo que perder, cierto espíritu de concentracion dirigido esclusivamente á la conservacion de sus familias é intereses; resultando de aquí esa aver-



sion á figurar en público, ese miedo que se tiene á los compromisos políticos, y ese aislamiento en que se hallan unos con respecto á otros tantos ciudadanos, que por otra parte están muy acordés en sus opiniones.

Para que los hombres se reúnan, es menester un punto de reunion, una enseña que los guie, un nombre que les sirva de seña, una cabeza inteligente que plantee y dirija la organizacion, y una mano robusta, capaz de empuñar la bandera, de enarbolarla, y de marchar con resolucion á su destino. Todo esto lo han tenido los partidos, pero no la nacion; é inclinándose ahora á unos y despues á otros, se ha visto al fin burlada de todos; sin que ninguno de ellos haya sido capaz, ni de hacer su dicha, ni de curar sus males, ni siquiera de asegurarle sosiego.

Quejense algunos de que no hay en España entusiasmo por la libertad, de que una parte del pueblo la combata, y otra la mire con indiferencia; y esta canfínela se repite sin cesar, mayormente en tiempo de elecciones; pero debería reflexionarse que los pueblos no pueden amar aquello que no les proporciona beneficios, y no beneficios imaginarios y de palabra, sino reales y positivos. Y pregunto yo: ¿cuáles son hasta ahora los beneficios que nos ha traído la libertad? Fuera de desear que se nos señalase uno solo, diciéndonos: "al pueblo se le ha aliviado de tal ó cual carga, tal ramo de industria ó de comercio ha progresado, tal ciencia ha dado algunos pasos, tal institucion ó establecimiento público ha recibido considerables mejoras;" yo creo que nadie podrá decirnoslo, y así es que no ha de parecer extraño que el pueblo español no se tome por las nuevas formas políticas el interés que algunos quisieran. Si las cortes no han de ser otra cosa que una arena donde luchen la ambicion y demas pasiones, ó cuando mas un liceo donde ostenten sus talentos y saber algunos oradores ilustres, sin que de tanto aparato descienda hasta los pueblos una sola gota de provecho, bien claro es que todos los hombres que no estuviesen interesados en figurar, dirian para sí: ¿de qué sirve todo eso? Si yo pago como antes, si yo trabajo como antes, si ademas, hallo menos proteccion para mis intereses, atendidas las revueltas que han sobrevenido cada vez que se ha tratado de libertad, ¿qué gano yo con ella? ¿por qué tengo que hacer costosos sacrificios para alcanzarla, si veo que en vez de dárseme libertad verdadera no se me da mas que un nombre?

Si no se consigue á fuerza de cordura y sabiduría inspirar la confianza necesaria para que desaparezca ese indiferentismo, no hay esperanza de ventura para esta desgraciada nacion. La razon es clara: las instituciones vigentes, son instituciones de representacion,

instituciones cuyo objeto es dar á la inteligencia y á la voluntad de la nacion, una influencia en los negocios públicos: mientras dure el indiferentismo, no tomarán parte en las elecciones una gran parte de los españoles, ó al menos lo harán con flojedad, con indiferencia, solo por condescender á los ruegos é instancias de algunos importunos. En tal caso, estará una gran parte de los españoles sin ser representados, ni en los ayuntamientos, ni en las diputaciones provinciales, ni en las cortes; es decir, que teniendo por la ley un gobierno de mayorías, en la práctica lo tendremos de minorías. Y siendo gobernada la nacion de un modo tan irregular, ¿qué podremos prometernos de bueno? En tiempo de elecciones, cuando se quiere conocer el desarrollo que va teniendo el espíritu electoral, se echa mano de un medio que, á mi juicio, puede inducir á equivocaciones muy graves: el medio consiste en contar el número de electores que han tomado parte en la eleccion, infiriendo que la eleccion es tanto mas genuina, cuanto mayor es el número de electores que han usado de su derecho. No diré que sea este un barómetro inútil; pero sí que su manejo requiere algunas consideraciones que no se pueden olvidar, so pena de que los resultados salgan muy diferentes de la realidad. Pueden darse circunstancias en que un partido despliegue una grande actividad, y que para alcanzar victoria, inste vivamente á la masa de ciudadanos indiferentes, y llegue á obtener que éstos, ó porque necesiten proteccion á causa de las circunstancias del tiempo, ó por pura condescendencia, se dejen como arrastrar hasta la urna para echar allí una lista que se les ha entregado, pero que ellos no han leído ni consultado tampoco con los hombres representantes de la opinion á que los votantes pertenecen. Cuando esto se verifique, el número de votos será crecido; y sin embargo, el pais no estará representado, porque los votos se habrán dado sin conviccion, sin voluntad, sin conocimiento siquiera. Debería atenderse al número de votos, sí, pero no aisladamente, sino que deberían llevarse en cuenta las circunstancias en que se encuentra el pais; de otra manera no se podrá formar juicio cabal y exacto. Si quisiera insistir en la comparacion del barómetro, recordaria que para hacer buen uso de este instrumento cuando se le aplica á la medida de alturas, no basta mirar la elevacion del mercurio, sino que es necesario atender á la latitud del lugar y á la temperatura de la atmósfera. Quizás uno de los mejores indicios de que se va desarrollando el espíritu electoral, y de que las elecciones son genuinas, sería el ver que se hallan representadas las varias opiniones del pais, y que no está sin representante ninguna de aquellas de cuya existencia no se puede dudar.



Si se quiere que las instituciones representativas no sean un fecundo semillero de males, es menester no perder nunca de vista la necesidad de hacer los mayores esfuerzos para que el país sea representado legítimamente. Si esto pudiera alcanzarse tengo para mí que no serian temibles para España ni aun las instituciones mas latas; porque el pueblo español es de los mas sensatos del mundo. ¿Se quiere una prueba de gravedad y cordura de este pueblo? He aquí lo que sobre él referirá la historia: "Circunstancias aciagas entregaron á esa nacion desventurada á merced de las pasiones; repetidas veces vió cambiada su ley fundamental: la monarquía absoluta, el estatuto real, la expectativa de su reforma, la constitucion de 1812 y la de 1837, todo eso recorrió en brevísimo tiempo; y en medio de una guerra de sucesion, en una minoría, estando la nacion entera como una pirámide asentada sobre su vértice, resistióse siempre á las instigaciones de los perversos; y si bien hubo de presenciar que se cometian crímenes atroces, no se pudo recabar jamas de ella que los ayudase, ni los aprobase, ni que hiciera ninguno de aquellos terribles movimientos en que los pueblos se levantan en masa y se precipitan como una inmensa mole sobre las leyes ó instituciones, aniquilando de un golpe el órden social, y ofreciendo aquellas horrosas catástrofes de que nos presentan tan lamentables ejemplos algunas naciones vecinas." Esto dirá la historia, y la posteridad responderá que un tal pueblo era bien digno de mejor suerte.

CAPITULO XVI.

Hay entre nosotros un elemento de bien que si se aprovecha cual merece, puede producirnos inmensas ventajas: hablo de la *unidad religiosa*. No falta entre nosotros quien la haya combatido; ¿pero se ha pensado bastante en el hondo abismo en que nos sumiriamos si por desgracia llegásemos á perderla? ¿se ha pensado bastante en que tal es el estado de las sociedades modernas y tantas las fuerzas disolventes, que tal vez nos envidien esta dicha, este elemento de conservacion, los primeros políticos de Europa? El mal que aque-

ja á las sociedades modernas, la tremenda enfermedad que corre sus entrañas y amenaza darles la muerte, es la falta de trabazon, de enlace, y el no saber siquiera de qué echar mano para remediarlo. Jamas se habia visto la sociedad con un desarrollo tan general, tan grande y tan simultáneo de fuerzas morales y físicas; jamas se habia visto tanta accion, tanto movimiento; pero observando atentamente la verdadera situacion de las cosas, sin dejarse fascinar por vanas apariencias, se nota la falta de un principio regulador, de una accion que encamine esa muchedumbre de fuerzas hácia el bien de la sociedad, impidiendo que tomen una direccion divergente y acaben por destrozarla y disolverla.

Los gobiernos son muy débiles cuando no están asentados sobre un sistema homogéneo y compacto de sábias instituciones; y cuando no obra sobre la sociedad algun principio robusto, que seguro del ascendiente que ejerce sobre los ánimos tome confiadamente á su cargo el porvenir, las escisiones y los choques, ó remediar el mal efecto si ya hubieren sobrevenido. Mayormente, cuando una nacion ha pasado tan largo espacio en una guerra sangrienta y atroz, aunque haya llegado á sosgarse, queda siempre con aquel dejo de mal-estar, resultado natural de enfermedades muy largas y crueles: y es necesario dilatado tiempo para que los lazos sociales vuelvan á recobrar aquella firmeza y suavidad, que formando, por decirlo así, el buen punto y sazón de la salud social y órden público, afianza la libertad bien entendida. El hábito de desobediencia y resistencia que con la guerra se ha hecho familiar; el espíritu de despotismo de que se resentien las autoridades, por aquella inclinacion natural que nos lleva á emplear un exceso de fuerza cuando contamos con grande resistencia; el tránsito repentino de la estremada violencia á la excesiva debilidad; la ferocidad que mas ó menos ha cundido por todas partes, creada por el continuo espectáculo de combates, de patibulos, de asesinatos y de incendios; fomentada por la escasperacion de los ánimos, avivada por el choque de toda clase de opiniones é intereses, y sostenida, disculpada, legitimada y hasta consagrada con los nombres de virtud, de justicia y de heroismo, por aquella lógica ciega y cruel que en épocas tan desastrosas saben emplear los partidos; todas estas causas se reunen y se combinan de un modo terrible para producir un desórden moral, que reclama cuidados muy solícitos, muy cuerdos, si se quiere evitar el qué degeneren en un verdadero desórden físico. Es imposible cicatrizar de golpe todas las llagas, es imposible satisfacer todos los intereses vulnerados, es imposible lograr que vivan en pacífica comunión opiniones tan diferentes y tan opuestas, cómo que poco antes se peleaba por ellas



en las calles y en los campos; empiezan entonces á murmurar los resentimientos y rencores, sobrevienen las venganzas particulares, escítese que á ellos se prostituya la justicia pública, y ¡ay de la nacion que no echando mano de un principio moral, fuerte y poderoso no procura borrar suavemente la huella de los antiguos males, conciliando los ánimos y haciendo que transijan, cuando menos, las opiniones y los intereses que han sostenido la lucha!

Cabalmente en semejantes circunstancias, por mas fuerte que sea el gobierno, por el prestigio de grandes y recientes victorias, ó por disponer de poderosos recursos militares, tiene empero la desventaja de no inspirar entera confianza. Una gran parte de sus gobernados se consideran como vencidos, y aun cuando los proteja, se hallan en posicion semejante á los prisioneros en campo de batalla, que contemplan con cierto despecho al general enemigo, aunque esté recorriendo las filas de los vencedores, recomendando generosidad y buen comportamiento.

Al contemplar á esa nacion tan desgraciada, agobiada de tantos infortunios, desengañada de tantos sistemas, fastidiada de tantos, tan vários y errados gobiernos, fatigada de ser el instrumento, el juguete y la víctima de los intereses, pasiones y mezquindad de los partidos; al oír la clamar á voz en grito por órden, por gobierno; al verla cuál busca afanosa el equilibrio perdido y el sosiego de que tanto necesitan sus males, ensánchase suavemente el corazon y discurre la fantasia por un porvenir venturoso, al pensar en la dicha que nos cupiera si la Providencia nos deparase un buen gobierno. Un gobierno que aprovechándose de tantos elementos de bien como se hallan esparcidos entre nosotros, echando mano de tantos medios de accion como le rodean, se levanta con dignidad y nobleza sobre la infectada atmósfera de los partidos, se colocase al frente de la nacion española, se uniese estrechamente con ella en ideas y sentimientos, y mostrándole el verdadero camino de la dicha y de la prosperidad, le dijese: "Marchemos por este sendero, sígueme con entera confianza; tú me prestarás el apoyo de tu fuerza, y yo te corresponderé lealmente con mi direccion y mis desvelos."

Cuando sobreviene alguna de esas grandes crisis, como la en que se halla actualmente la nacion española, ofrécese una ocasion muy á propósito para conducir á un pueblo por el camino que mas le conviene. Es menester aprovechar la ocasion porque es fugaz; y ya hemos visto mas de una vez que por no haberla aprovechado nuestros gobiernos en las épocas críticas, se ha dejado en el seno de la nacion el gérmen de tantas catástrofes. Preocúpense entonces los hombres superficiales con el restablecimiento de la paz y del ór-

den; sin advertir que una nacion conmovida hasta sus cimientos, no puede recobrar de un golpe el aplomo perdido. Sea enhorabuena que el pueblo sencillo se abandone con efusion al júbilo y alborozo á la sola llegada de una noticia que asegure el término de la guerra civil y parezca dar fin á la cadena de nuestras desgracias; pero los hombres pensadores deben mirar mas allá, deben recordar que á los políticos del año de 12 los sorprendieron los sucesos del año 14, que en pos de estos vino la revolucion de 1820, que en el año de 23 entraron los ejércitos de la Santa Alianza para derrocar la constitucion y entregar el mando á los realistas; y cuando parecia que estos afianzaban su poder arrebatando á los liberales toda esperanza, vino á ponerlos en alarma la revolucion francesa de 1830; y apenas se recobraban del primer susto, cuando el nacimiento de la princesa de Asturias, la enfermedad del rey, y luego su muerte, cambiaron enteramente la faz de las cosas, resonando por los cuatro ángulos de la península el grito de libertad.

¿Qué significa todo eso? Significa que si una nacion no halla en sus instituciones la sólida garantía de su tranquilidad, si tiene librada la suerte en la vida de alguna persona, si por no haberse acertado á ponerlo todo á plomo se la mantiene en una posicion violenta, nunca falta una circunstancia para causar un sacudimiento; y entonces se manifiesta de golpe la debilidad del edificio. Hasta ahora, preciso es confesarlo, ninguno de nuestros gobiernos ha acertado á cerrar el cráter de las revoluciones, y por eso se han reproducido sin cesar, y mas terribles cada vez, y se reproducirán en adelante si la máquina de gobierno no se asienta sobre una basa, que con su anchura y solidez pueda asegurarnos de que no bastará un empuje cualquiera para sumirnos en nuevas catástrofes. Si esto se hiciera, todos los sucesos que vayan verificándose, ya en España, ya en lo restante de Europa, no tendrán para nosotros mas importancia de la que esté comprendida en su esfera natural: de otra suerte un casamiento, una muerte, una guerra con una nacion cualquiera, un cambio político en un pueblo vecino, una desavenencia entre las grandes potencias; en una palabra, el suceso mas insignificante, tendrá en continua alarma al gobierno, pondrá en zozobra las instituciones y la dinastía; así continuará la nacion en aquella sorda inquietud que no deja consolidar nada ni prosperar nada, y sentiránse de vez en cuando aquellas oscilaciones que indican un terreno minado, y anuncian para mas tarde esplosiones espantosas. Lo diré de una vez, no habrá paz, sino treguas; se divisarán de continuo en el confin del horizonte la revolucion y la guerra civil; y no sé si puede imaginarse el término á donde podriamos ser conducidos, si



algun día volviere á resonar entre nosotros el grito de guerra. Si no acertásemos á tener cordura, por cierto que no seria por falta de buenos maestros; ya que hemos tenido los mas excelentes que se conocen, enales son la esperiencia y la desgracia: *ab abegit atos al á*

CAPITULO XVII.

Después de haber hecho una fiel pintura de nuestra situación, traído á ejsámen todas las opiniones que se disputan la preponderancia, hecho como una residencia general de todos los partidos, y manifestado, según me parece, hasta la evidencia con cuánta verdad decia en el prólogo que era *estrño á todos* ellos; después de haber indicado las causas de nuestra revolución, fijado su carácter y explicado varias anomalías; después de haber señalado varios escollos é indicado tambien un rumbo, no quiero soltar la pluma de la mano sin espresar claramente lo que pienso sobre las reglas generales á que debe ajustarse la conducta del gobierno. Lo diré con brevedad, pero liso y llano, sin rodeos ni embozo, porque estamos en el caso de hacerlo así. Para poder decir algunas verdades sobre nuestra situación, no es necesario haber mediado en los negocios públicos, lo que se necesita es haber observado y meditado. Aquí no se trata de negocios, sino de revoluciones; no de hechos encerrados en el secreto de un gabinete, sino de sucesos que tienen sus ramificaciones en toda la sociedad, que se presentan á la luz del día; no son preciosidades ni objetos raros, patrimonio esclusivo de un museo, sino fenómenos grandes, ruidosos, pudiendo estudiarlos cualquiera que guste de observar la naturaleza. ¿Y quién nos asegura que algunos hechos no se vean mejor á una cierta distancia? Los mas grandes son como las figuras colosales, que para verlas en su verdadero punto de vista, es necesario retirarse hasta cierto trecho. Por lo demas, y aunque en cierto modo me proponga formular un sistema, daré otro testimonio solemne de que no me anima ningún espíritu de partido en la misma altura en que voy á poner la cuestión. *y livio atuy al y mabolevra al etnacion los la chimio la*

• Dado una ojeada sobre la sociedad española, la institucion polí-

tica que mas alto descuella, la que se presenta en la cima como coronando el edificio, es la monarquía. Por lo que á esta toca, me parece, ó mejor diré, estoy profundamente convencido, de que es altamente necesario afirmarla, robustecerla, y de todos modos desenvolver la constitucion del Estado en sentido monárquico, *tanto como fuere posible*. Ya llevo demostrado que el principio monárquico es muy poderoso en la sociedad española, y que es menester respetarle si no se quiere arrojar la nacion en un círculo de vaivenes y trastornos; réstame ahora observar, que lejos de que los hombres de mando hayan de mirar esto como un obstáculo, han de considerarlo mas bien como el medio mas poderoso de gobierno. En efecto; el peligro que amenaza á las sociedades modernas no es la esclavitud, sino la anarquía: siendo conducidas á ella por dos causas, la una su misma organizacion material, y la otra su estado moral. Abolida enteramente la esclavitud, derribados hasta los restos del feudalismo, niveladas las antiguas gerarquías, y confundidas casi enteramente las clases, se presenta un cúmulo inmenso de fuerzas individuales que obran todas á la vez, de frente, en una misma línea; y que si no han de producir grandes trastornos, necesitan una acción directriz, rápida, vigorosa, acertada y al mismo tiempo muy suave. A ese estado se iban encaminando ya desde mucho tiempo las sociedades europeas; y como hay una Providencia que cuida de que se satisfagan las grandes necesidades, vemos en Europa la monarquía con varias formas, con mas ó menos poder, con mayor ó menor estension de facultades, pero presentándose siempre como una institucion tutelar y vivificante; reuniendo las condiciones de gobierno del mejor modo posible. Si la monarquía tal como se ha encontrado entre los pueblos cristianos; pero no en ninguna otra parte ha resuelto el difícil problema de gobernar grandes naciones donde fermentaba con vivo calor la inteligencia, donde ballia todo linaje de pasiones, donde no habia el recurso de sacar de juego una parte de las fuerzas por medio de la esclavitud, sino formadas de millones de hombres, todos en su dignidad, todos libres: *ab abegit atos al*

Esta es la causa porque se ha visto á los pueblos europeos propender instintivamente hácia la monarquía, esforzándose por adquirirla cuando no la tenían, por consolidarla cuando vacilaba; por robustecerla cuando era débil, por extenderla cuando era demasiado circunscrita, y agitando en terrible convulsion por restaurarla, si por algunos momentos la han llegado á perder. En Inglaterra hubo las revoluciones mas duraderas y profundas que imaginarse pueden; todas las ideas tuvieron su curso, todos los sistemas su aplicación, todos los planes su ensayo; pero todo naufragó, y en medio de



la universal catástrofe volvió la monarquía á sobrenadar, volvió á establecerse y á consolidarse, y á pesar de la popularidad de las formas y de un espíritu de la mas amplia libertad, el trono se conserva en Inglaterra poderoso, brillante, rodeado de la veneracion y acatamiento de los pueblos. En Francia hemos presenciado el mismo fenómeno; y es bien singular que en ninguno de los pueblos mas notables de Europa, ninguna revolucion ha sido bastante para anadar la monarquía.

A mas de las convicciones profundas que á favor de la monarquía han debido crear en Europa hechos tan grandes y palpables, y á mas de las costumbres que en el propio sentido han debido formarse en los pueblos, hay todavía algo mas: es el sentimiento monárquico, ese sentimiento que se hermana admirablemente con el de la propia dignidad, que pertenece esclusivamente á los pueblos cristianos, que nada tiene de comun con la abyecta humillacion de los esclavos de Oriente, que es un abundante semillero de pensamientos pundonorosos, un resorte para nobles acciones, que se enlaza intimamente con el amor de la patria, y que hace levaderos, suaves, dulces, los lazos de la obediencia. Este sentimiento no tiene solo por objeto la institucion de la monarquía, sino tambien la conservacion de las familias que ocupan el trono; circunstancia notable que da lugar á observaciones delicadas. La Europa moderna ha heredado de la vieja Europa una porcion de razas reales, de familias ilustres, cuya cuna está cubierta con la oscuridad de los tiempos: y esto que á primera vista podria parecer una cosa insignificante, y que á los ojos de una filosofia mezquina y seca, pudiera presentarse como un mal, ha producido y produce beneficios inmensos. Las instituciones muy grandes no son para improvisadas; las personas que han de figurar en la cima es menester que estén como cubiertas con un velo misterioso. Por esta razon, y exceptuando el caso en que la Providencia lanza sobre la tierra algun genio para que se realicen extraordinarios destinos, un hombre comun no puede de repente convertirse en rey. No fué pequeña suerte para las provincias unidas el tener en su seno la casa de Orange, que bajo distintas formas pudiera en cierto modo reemplazar el trono; la Francia en la revolucion de 1830, al quedar el trono vacante por la espulsion de la primera rama, puede dar gracias á la Providencia por haberse encontrado con la casa de Orleans; y algunos pueblos de América ni hubieran sufrido tanto, ni tendrían á su vista un porvenir tan nebuloso, si al emanciparse de la dominacion europea hubieran tenido algunas familias que por su antigüedad é ilustre sangre, se hubiesen hallado como preparadas para ocupar un trono.

Sobre ellas se hubiera fijado naturalmente la vista; y en medio de los victores á la independencia y á la libertad, se las hubiera colocado en la cima del poder, y se hubieran ahorrado torrentes de sangre. Estas son verdades, y verdades grandes que abisman al filósofo en meditacion profunda sobre los secretos del corazon del hombre, y sus finitas relaciones con los destinos de la sociedad.

Este sentimiento monárquico, que existe en todas las demas naciones de Europa, se halla tambien en España, y no como quiera, sino muy vivo, muy enérgico, como que está radicado en las ideas religiosas por tanto tiempo invariables, robustecido con la antigüedad, identificado con los hábitos y enlazado con los mas grandes recuerdos nacionales. Este mismo sentimiento, que tan vivo se manifiesta en todas partes donde puede espresarse el pueblo español, y que no han podido desarraigar los mayores trastornos, ha puesto á cubierto el trono en las azarosas épocas que ha recorrido esta nacion, haciendo que la revolucion española no se manchara con los horribos crímenes de las de otros paises. No: en España no ha rodado sobre un cadalso la augusta cabeza de un rey; en España no se ha derramado una sola gota de sangre real; en España, en ese pueblo á quien se insulta llamándole bárbaro, no se encuentran como en Inglaterra y en Francia asesinos de reyes.

¡Qué hermoso contraste nos ofrece en este punto la historia de nuestra patria! Ved esa Francia donde se cuenta una larga serie de reyes asesinados alevosamente, serie terminada por el horroroso suplicio del infortunado Luis XVI; ved cuál despues de la restauracion no faltan todavía sicarios que manchan sus manos con la sangre de la real familia, y despues de la revolucion de 1830, asentan de continuo sus tiros contra el pecho de Luis Felipe. En Inglaterra, despues de los crímenes que nos recuerda su historia, ¿no hemos visto recientemente un atentado contra la vida de su jóven reina? era un loco. ¡Ah! en España no toma la locura esos temas. Entre muchas glorias del pueblo español, que no olvidará la historia, entre los hechos que consignará como pruebas evidentes de su generosidad é hidalguía, podrá referir que este era el pueblo mas valiente del mundo, el pueblo que en la guerra de la independencia y en la última de sucesion, ha mostrado un heroismo, que á no ser tan reciente, rayara en fabuloso, el pueblo que mas sabia despreciar sus haciendas y su vida; y en medio de una revolucion terrible, de una guerra de sucesion tan encarnizada, no se encontró jamas un hombre que levantara su mano parricida contra las augustas reinas, ni tampoco un asesino que vibrase su puñal contra el pecho del príncipe que sostenia sus pretensiones desde Estella.



Mediten sobre tales hechos los hombres que en adelante pueden influir en los destinos de la nacion, aprécienlos en su justo valor; y vean de no debilitar, de no desvirtuar de ninguna manera este sentimiento monárquico, que se conserva en el fondo de la sociedad española, como un poderoso preservativo de grandes males, como un precioso gérmen de grandes bienes. Ahora no hay ya el pretexto de que sean temibles las privanzas; ya no hay que decir que el trono pueda esclavizar; son imaginarios los temores de despotismo. El solo peligro que nos amenaza es la anarquía: sí, la anarquía, porque esto es el escollo, el principal escollo en que pueden estrellarse las naciones modernas. Prescindiendo de circunstancias extraordinarias, y de consiguiente pasajeras, ¿es acaso tan fácil esclavizar? aun en las naciones de Europa, que están bajo la monarquía absoluta, cuando se les aplica la palabra de esclavitud, se usa de una palabra sin significado, se las calumnia. En el estado actual de la sociedad europea, es demasiado grande el número de las cabezas que piensan, tienen sobrada fuerza las pasiones que bullen, sobrado ascendiente los intereses que figuran, imponen demasiado respeto millones de hombres que conocen y sienten su dignidad, para que un gobierno abuse mucho de su fuerza, y se arroje á esclavizar. ¿Y qué será en aquellos países donde hay fórmulas, donde en muchos sentidos tiene el poder real señalados sus lindes, donde está en vigor la libertad de imprenta, esa palanca colosal capaz de levantar el mundo? Consérvese, pues, el trono con toda magestad, no se ofusque su esplendor, no se escatimen sus prerogativas, no se le disputen mezquinamente sus facultades, desenvuélvase la constitucion en un sentido monárquico, y no se olvide que sin trono no tendríamos poder, y que sin poder no hay orden, sin orden no hay obediencia á las leyes, y sin obediencia á las leyes no hay libertad; porque la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley.

Otra de las causas que conducen á los pueblos modernos á la anarquía, es su estado moral; es la anarquía de ideas, la duda: ese vértigo que ha herido tantas cabezas, esa confusion que reina en todas partes, que amenaza envolver en las tinieblas las ideas del bien y del mal, borrar todo rastro de moralidad, destrozár los cimientos de las sociedades, y quebrantar los lazos de las familias. De todo se duda, hasta de la duda misma: la impiedad no domina, la indiferencia no satisface, pero la fé tampoco prevalece: el principio del interés privado no triunfa, pero los grandes principios de la moral tampoco recobran el debido ascendiente. No es pequeña la porcion que de tan funesta anarquía ha cundido entre los españoles; pero es menester confesar que las doctrinas religiosas conservan to-

avía mucho poder, que el principio católico es muy robusto, que la impiedad no se ha extendido á las masas, y que en su generalidad el pueblo español todavía crece: ventaja imponderable que puede producir á la nacion los mayores beneficios.

En efecto: hay otros pueblos que despues de haber sufrido el disolvente influjo de todas las sectas, fatigados de agitarse por el torbellino de las revoluciones, buscan otra vez el apoyo de la religion; pero como en ellos el principio católico, ó habia perecido ó se hallaba muy debilitado, tienen el sentimiento religioso indefinido, vago, sin fé ni esperanza: sombra vana que abraza el hombre en medio de sus desengaños y escarnientos, tabla débil y resbaladiza, á que pretende asirse jadeando en medio de los horrores de un naufragio. En la nacion española no es así: la revolucion ha pasado por ella; pero el catolicismo vive aún, con sus principios fijos é invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel lenguaje de seguridad que revela al hombre con toda certeza su origen y su destino, con aquel ademán magestuoso que le marca la línea de sus deberes. Ahí está, en medio de esa sociedad disuelta, conservándose como columna en pié, en medio de un campo de ruinas. ¡Ay de nosotros si llegásemos á perder esa alhaja preciosa, si llegásemos á desasirmos de esa áncora, sola que puede salvarnos en tan desecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas!

¿Y qué debe hacer el gobierno con respecto á la religion? ¿qué es lo que se le pide? Sus deberes son claros; no es menester indicarlos; y lo que se le pide es bien poca cosa: *que no destruya*. Respete el sagrado de las conciencias, aplicando á este objeto el mismo principio de libertad; respete los derechos del clero como se respetan los de los otros ciudadanos; no consienta que en las universidades y demas establecimientos de enseñanza, se abran cátedras de impiedad ó de otras sectas anticatólicas; no tolere que la prensa pierda ni corrompa; y lo demas ya irá marchando por sí mismo, que la obra de Dios no necesita de la débil mano del hombre.

¿No se ha dicho que debia reformarse el clero? ¿no se ha dicho que el clero era enemigo de reformas, porque medraba al abrigo de los abusos? pues hágase la prueba: imagínese un plan, un arreglo cualquiera, sobre los gastos de culto, sobre la manutencion de los ministros, sobre los puntos mas delicados de disciplina; pero hágase todo en la debida forma, con la debida autorizacion del Sumo Pontífice; sepa el clero que puede adherirse al nuevo arreglo, sin faltar á sus sagrados deberes; entonces se verá si el clero español tiene esa ciega terquedad que se ha querido suponer, y si obra por



convicción ó por miras interesadas. ¿Es posible que todo se haya disculpado, que los mayores crímenes se hayan atribuido á ciertas teorías de suyo estraviadoras, que se haya siempre alegado la inesperienza, la fogosidad, las ilusiones, es decir, que se haya siempre procurado poner á cubierto la moral del hombre y respetado su intencion, y solo en tratando del clero se haya tenido el empeño de presentarle sin convicciones, suponiendo que obraba por meros intereses?

Con mucho tiento es menester que ande el gobierno siempre que trate de tocar semejantes materias: un yerro en este punto seria inexcusable. Ya no estamos en aquellas épocas en que se alarmaba fácilmente á los monarcas y á los pueblos, poniéndoles á la vista como un espantajo el engrandecimiento del poder de la curia romana; ya no hay ni pretexto siquiera para hablar de escageradas pretensiones de la corte de Roma; solo se trata del Catolicismo, de los derechos inherentes á la cátedra de San Pedro, de puntos de disciplina acatados en toda la Iglesia católica.

En Francia, ¿no triunfó la revolucion? ¿no es Luis Felipe el monarca de Julio? Y véase no obstante, si se trata allí de entrometerse en el sagrado de las conciencias: véase cómo no prevalece allí aquel espíritu pequeño y rencilloso, inspirado por el maligno aliento de los discípulos de Port-Royal, ó por el mal humor y desabrimiento de canonistas ilusos. Y es que allí se ha palpado que es una desgracia inmensa el subordinar las altas miras de un gobierno á las miserables miras de algunos sectarios; el ser un gobierno el instrumento de la ambicion de unos pocos hombres, el eco del resentimiento de algunas personas que se creen agraviadas; es que allí se ha conocido que un gobierno pierde su dignidad, su influencia, se rodea de embarazos, de obstáculos, de compromisos, al momento que se preste de conservar y estender prerogativas, se hace esclavo de las inspiraciones de un puñado de disidentes; pero que nada pierde de su elevacion, nada de su poder, nada ha de sufrir de humillante, cuando respeta las angustas prerogativas de aquel que en nombre de Dios ejerce su vigilancia pastoral por los los cuatro ángulos de la tierra.

Esta es la política grande, generosa, digna de un gobierno que se halla al frente de una nacion como la española. ¿Qué pequeños, qué niños parecen aquellos hombres que en el siglo actual, despues de la conflagracion espantosa que ha puesto la Europa á pique de disolverse, hacen resonar todavía aquel acento rencoroso que es ahora un palpable anacronismo! Disimúlalo yo á la caducidad que se alimenta de viejos y gastados recuerdos, al orgullo herido que

mira cómo se levanta lozana una nueva generacion á cuya altura no puede encumbrarse, al mérito falso y postizo que por estraña casualidad, y como por sorpresa, se hubiese apoderado del título de verdadero; pero á la verdadera sabiduria, al verdadero talento, al hombre que sea capaz de ser grande entre los grandes, que no haya de temer los sistemas francos y generosos, que no haya de cimentar su reputacion sobre circunstancias escepcionales, que para figurar y medrar no necesite las épocas de rencillas y disenciones, que no haya de conservar su nombradía como débil pantalla sostenida por los partidos, solo por ciertas miras y quizás con burlona sonrisa; á este tal no se le consintiera, no se le perdonara: tú te olvidas de quién eres, le diria, te oscureces, te achicas.

Fijados ya los dos puntos capitales que nunca debe perder de vista el gobierno, indicado con toda claridad el espíritu que en esta parte debe presidir á su conducta, observaré que lo primero que debe hacer el gobierno, es salir cuanto antes sea posible del terreno de la política. ¿Qué? ¿os parece esto una paradoja? Escuchad. Las naciones que tienen gobierno representativo, mayormente si es desde poco tiempo, adolecen por lo comun de una falta, y es el tratar demasiado de política: siempre están con los ojos sobre el gobierno, siempre sobre las formas políticas, asemejándose al que se entretuviera siempre en contemplar y retocar una máquina, y no cuidase cual debe de la elaboracion de las manufacturas. Esto es un mal muy grave que es preciso remediar, ó á lo menos disminuir; no conviene ocuparse tanto en esto, bien así como andaria mal encaminado quien hablase continuamente de su compleccion, de su construccion orgánica, del régimen de vida que le conviene, y desettidara el cumplir sus obligaciones, olvidando sus tareas y no mirando por sus intereses.

El tratar demasiado de política, el hablar siempre de constitucion, de leyes electorales, diputaciones, ayuntamientos, &c., &c., tiene el inconveniente de que hace fermentar los partidos, da origen á otros nuevos, excita recuerdos desagradables, divide los ánimos, provoca disturbios y trastornos, y despertando la ambicion, franquea la puerta para que hombres indignos pnedan subir á los altos puestos del Estado. Es de la mayor importancia penetrarse de estas verdades: afortunadamente no puede decirse que no se sepa en qué pasar el tiempo: el arreglo de la hacienda, la formacion de los códigos, de buenos planes de educacion y enseñanza, los establecimientos de beneficencia, el fomento de la agricultura, industria y comercio, ofrecen por cierto espaciosa arena donde podrán campar el talento, el saber y la esperiencia. Conviene, pues, lo mas pron-



to posible, corriendo, digámoslo así, salir del terreno político y pasar á ocuparse de otras materias donde puedan realizarse mejoras positivas, prácticas que desciendan hasta aquella parte del pueblo que trabaja, paga, sufre y calla: es menester mas práctica, mas positivismo; basta ya de esas cuestiones que tan á propósito son para tenernos en continuo sacudimiento, en ese sacudimiento que hace sobrenadar en la superficie lo mas vano, lo mas ligero, que hay entre nosotros, mientras está oculto en el fondo todo lo que hay de mas grave y precioso. Y á la verdad, ¿quién no se pasma al ver tantos hombres improvisados, mientras yacen en la oscuridad tantos otros por muchos títulos respetables?

Ni existe en España como en otras partes un cuerpo de nobleza, que por su posicion y circunstancias, pueda ejercer mucho influjo sobre los destinos de la nacion; ni la ley fundamental le reconoce como cuerpo político, ni el espíritu del siglo está en tal sentido, ni las costumbres de España, quizá las mas populares y niveladas de Europa, se avendrian con una aristocracia que solo contara con títulos de nacimiento; sin embargo, entre nosotros, como en todas partes, no deja de haber una considerable porcion de ciudadanos que por la íntima fuerza de las cosas se levantan con muy justos títulos sobre el nivel de sus compatriotas. La propiedad muy cuantiosa, con tal que no recuerde una fortuna improvisada con malas artes; la capacidad extraordinaria, ó á lo menos muy distinguida; los grandes servicios hechos al Estado, ó el haber ocupado por largo tiempo los puestos mas eminentes, y tambien un nacimiento de antigüa é ilustre alcurnia, son circunstancias que por mas que se diga, rodean á la persona de cierto esplendor y le grangean la confianza y el respeto de los pueblos. Una ley en cuya formacion hayan ellos intervenido, un decreto donde se lea su firma, una allocucion, un proyecto donde figure su nombre, adquiere á los ojos del público cierto realce que no deja de contribuir en gran manera á que los resultados en beneficio del pro-comun sean mas pronto, mas amplios y mas cumplidos.

Por desgracia en la actualidad, como sucede siempre despues de grandes revueltas, se hallan oscurecidas, ajadas, las reputaciones, y apenas se nota que figuren tantos hombres, que sin duda parece que tienen á ello algun derecho. En una nacion como la española, ¿será posible que no se halle una porcion numerosa de hombres, que habiendo enancenido en distinguidos puestos, hayan recogido un respetable caudal de saber y de experiencia? ¿No conocemos á muchos? ¿no habrá varios otros en quienes nadie piensa á causa de haberse ellos mismos condenado de propósito á la oscuridad, ó de

haber sido envueltos en ella despues de arrumbados por tan continuados vaivenes? Esta es una especie de aristocracia que yo desearia que se respetase; este es un cadáver que se habria de reanimar despreciando á miserables habladores que todo lo tachan de trasto viejo é inútil, que sin miramientos de ninguna clase prodigan á los hombres mas respetables todo linaje de apodos. Tengo esperanzas en la generacion que entra; pero tampoco quisiera que dejáramos de aprovecharnos de la que pasa; porque las canas infunden mucho respeto, porque algunos hombres que se llaman gastados, precisamente han de haber conocido el pueblo español, á quien han podido estudiar por largo tiempo, y es excelente maestro una larga experiencia. En una nacion bien arreglada todo se aprovecha, todo sirve, y en circunstancias como las nuestras todo se necesita.

¿Cuándo saldremos de este círculo de reacciones, causándose con cada una de ellas la caida de millares de hombres que se quedan sin pan, y que de consiguiente están siempre preparados para empeñarse en promover una nueva reaccion por el sencillo motivo de que con ella encontrarán de comer? ¿cuándo se dejará tiempo á los hombres que ocupan los puestos para enterarse siquiera de los negocios mas comunes? Con esa inconstancia, con esa movilidad, con esos sacudimientos tan recios, ¿cómo queremos que nada prospere, que nada se arraigue?

Triste es á la verdad nuestra situacion, triste perspectiva nos ofrece el porvenir; pero una esperanza debe alentarnos. Hay en el fondo de nuestra sociedad algunos elementos de vida, ellos se mueven, rebullen, ¿y por qué no podrian nuevamente fecundar nuestro suelo? Si este es el terreno clásico de las anomalías, ¿por qué no podremos esperar una anomalía feliz, anomalía que tendria su origen en esos elementos de vida, que aunque ofuscados y casi perdidos de vista, no dejan de hallarse entre nosotros en bastante abundancia?

No olvide nunca el gobierno que muestras discordias intestinas son profundamente sociales; no olvide que bajo la contienda política hay lucha de ideas é intereses que afectan lo mas íntimo de la sociedad, y que ésta no se cambia en poco tiempo, sino con el transcurso de muchos años y con el influjo de poderosas causas. La violencia, la precipitacion, el espíritu reaccionario con que se ha obrado en España de tantos años á esta parte, confundiendo monstruosamente las ideas y encarándose de golpe los sistemas mas opuestos, ha producido una situacion tan singular y extraordinaria, una confusion tal, que apenas se atina cómo será posible introducir en ese caos el órden y concierto. De una poblacion á otra poco distante, de un pais á otro su limitrofe, de una clase á otra clase, se no-



tan en las ideas y costumbres diferencias tan enormes, que no parece sino que se pasa de repente de una nacion á otra la mas estrafia del mundo. Mas ó menos, sucede algo semejante en todas partes; pero tanto como entre nosotros en ninguna; porque ni han mediado causas para ello, ni se ve que así lo indique el curso de los sucesos. Aquí hay todas las opiniones, todas las escuelas, hombres de todos los siglos: españoles que pertenecen al tiempo de Carlos II, tropiezan frecuentemente con partidarios de la convencion. Y no obstante, si ha de haber gobierno, si ha de haber nacion, es necesario arreglarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos é irreconciliables.

Cuando las naciones se hallan en situacion tan difícil y espionosa, cuando es tan extraordinaria la complicacion de las circunstancias, son muy vanos los planes de los hombres; y es preciso escuchar con suma desconfianza las promesas y los consejos de los partidos. El único medio que queda al gobierno es aprovechar por de pronto todo lo que puede servir, es cuidar de que no se destruya mas; y para la marcha sucesiva no adoptar esclusivamente este ó aquel sistema, sino apelar á los grandes principios conservadores de la sociedad, á aquellos principios que no son esclusivamente de ninguna escuela, que no son nuevos, sino antiguos como el mundo, existentes desde la eternidad en el tipo de toda perfeccion, comunicados á las sociedades como un soplo de vida. No han variado estos, no han desaparecido de la sociedad española: circulan por ella como su sangre, conservándole la escasa vida que le resta despues de tantos padecimientos. *Razon, justicia, buena fé*; estas son las palabras que debe escribir el gobierno en su bandera, este es el polo que nunca debe perder de vista; y en seguida levantar velas con entera confianza, y arrostrar los bramidos de las pasiones que se agitan en su tomo. Dejar á los partidos que clamen; bien pronto parecerán miserables insensatos que se arrojan al mar en pos de un navio para detenerle en su marcha. Gritarán, prodigarán dicterios y amenazas; pero la nave proseguirá magestuosamente su camino: ellos tendrán que volverse á la orilla, y murmulando de despecho desaparecerán de la escena. Que no es el acaso, no, quien rige los destinos del mundo: Dios vela sobre la suerte de los individuos y de las naciones, y su benéfica y omnipotente mirada suele fijarse sobre el infortunio.

## LA PRENSA.

Las luchas de la prensa periódica, son una necesidad á que deben sujetarse todos los partidos, todas las opiniones. Que sea, como se ha dicho, la lepra de las sociedades modernas, ó que se la considere como uno de sus mas preciosos esmaltes; que se parezca, como se ha dicho tambien, á la lanza de Aquiles, curando con un extremo las heridas abiertas con el otro, ó que las deje sangrando, sirviendo solo á ecasasperarlas, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible. Con mas ó menos libertad, reina en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, y en gran parte del Continente de América; y con mas ó menos trabas ejerce influjo poderoso en los demas paises donde no ha podido conquistar todavia semejante predominio. En Alemania, á pesar de estar aquel pais bajo un sistema de represion, es, sin embargo la prensa una verdadera potencia; pues aparte la libertad con que se discuten las cuestiones literarias, científicas y religiosas, no dejan de pesar mucho en la balanza política, la opinion, las noticias, las declaraciones, y hasta las indicaciones de los periódicos.

Vuélvase la vista en todas direcciones, y en todas partes se observará el mismo hecho. Una asociacion política está incompleta, mejor diremos, desarmada, si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio siente flaquear el terreno que pisa, si no alcanza á tener en su apoyo algunos órganos de la prensa; la diplomacia no puede preparar y ejecutar acertadamente una combinacion, si no posee un periódico que, segun las oportunidades, declare, indique, ceda, proteste, á manera de plenipotenciario sin credenciales